

Octava LXII.

Porque mi alma fallece de amor puro.

(8) Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore languo. (*Cant.*)

Octava LXV.

Llevad, hijo de Urania, la doncella

(9) Urania es el nombre de una de las nueve Musas, pero tambien fué un sobrenombre de Venus. Con el nombre de Urania, es decir, *celestes* se adoraba á Venus como la diosa de los placeres del espíritu; y por oposicion se la daba el nombre de Venus *terrestre*, cuando era objeto de un culto infame y grosero. Himen, ó Himeneo, como divinidad que presidia á los castos amores, era hijo de Venus y de Urania; se le representaba bajo la figura de un jóven, coronado de rosas, y con una antorcha en la mano.

LOS MARTIRES.

SUMARIO.

Atenas.—Despedida de Cimodocea, de Eudoro y de Demódoco.—Cimodocea se embarca con Doroteo para Jope, y Eudoro para Ostia.—La Madre del Salvador envia á Gabriel al ángel de los mares.—Llega Eudoro á Roma; halla convocado el Senado para juzgar la causa de los cristianos, y estos le eligen por su orador.—Llega tambien á Roma Hierócles, y los sofistas le nombran para defender su secta y acusar á los cristianos.—Símaco, pontífice de Júpiter, debe hablar al Senado en favor de los antiguos dioses de la patria.—Discurso de Símaco, de Hierócles y de Eudoro.—Dioleciano consiente en dar el edicto de persecucion, pero quiere que se consulte antes á la Sibila de Cumas.

CANTO XI.

I.

Sobre un caballo Tésalo brioso
El hijo de Lastenes caminaba
Hacia Argos por camino montañoso.
La fé con el amor su alma llenaba
De sentimiento noble y generoso;
Y el Señor que ensarzarle meditaba,
Por los sitios mas célebres le lleva,
De la nada del hombre triste prueba

II.

Por altas cumbres áridas errante,
Del grande Rey (1) la herencia antigua hollára,
Y oprimiendo tres soles del pujante
Corcel los lomos, fatigado entrára
A reposarse en Argos breve instante.
Estos sitios en que antes resonára
El nombre de los héroes mas famosos,
Ahora pueblan escombros silenciosos,

III.

Las puertas solitarias vió en seguida
De Micenas, y el túmulo ignorado
De Agamenon; solo en Corinto cuida
De ver el monumento celebrado
En que la voz de Pablo fuera oida,
Atravesando el istmo despoblado,
Los atléticos juegos se recuerda
Que Pindaro (2) cantó con suave cuerda,

IV.

De la pia muger que recibiera
Los huesos de Focion, buscó en Megara
El hogar; en Eléusis todo viera
Desierto; en Salamina solo hallára
Una pequeña barea en la ribera.
Mas cuando al monte Pécilo llegára
Y de Aténas avista el valle ameno,
De pasmo se sintió y sorpresa lleno,

V.

La hermosa ciudadela levantando
Sus torres á las nubes, parecia
Servir de base al templo venerando
De Minerva; en su falda se estendia
Aténas mil columnas ostentando;
De este cuadro el Himeto el fondo hacia,
Y el olivo á Minerva consagrado
Ceñia su ciudad á todo lado.

VI.

Atravesando Eudoro el cristalino
Céfiso, preguntó por el paseo
Del jardin de Academo: su camino
Le trazan vária tumba y mausoleo.
Allí ve los sepuleros del divino
Trasíbulo, Conon y Timoteo,
Jóvenes en temprana edad segados,
En los patrios altares inmolados.

VII.

La estatua del amor á Eudoro indica
Del jardin de Platon la entrada: Adriano,
En lugar de aquel sabio, ahora esplica
De un hombre delirante el sueño vano.
Cubierto con su escuálida pellica,
La alforja al hombro, y el baston en mano,
El Cínico al Platónico insultaba
Que gran manto de púrpura arrastraba.

VIII.

De otro lado el Estóico revestido
 De negro balandran, la guerra hacia
 Al sectario Epicúreo ceñido
 De guirnaldas. La escuela retenía
 Con disputas, clamores y ruidos,
 Con voces y confusa algarabía,
 Que á esto entonces llamaban en Atenas
 El canto de los Cisnes y Sirenas.

IX.

Eudoro este retiro atravesaba,
 Su amigo Doroteo en él buscando:
 La turba de sofistas le rodeaba
 Creyéndole un adepto, y deseando
 Atraerle á su secta, le llenaba
 De términos ignotos, presentando
 La ciencia en el lenguaje de los necios.
 Mas de Eudoro atrajeron los desprecios.

X.

Por fin con Doroteo se encontrára
 En un bosque de plátanos regado
 Por un manso raudal; allí se hallára
 Con diversos amigos. A su lado
 Gregorio de Nazianzo se repara
 De poético númen animado, (3)
 Y Juan por su elocuencia y el sonoro
 Tono de voz llamado *Boca de oro*. (4)

XI.

En sus dulces modales daba muestra
 Con su hermano, Basilio (5) que heredaba
 La piedad de sus padres: á su diestra
 El sobrino del César paseaba,
 Juliano, de semblante y faz siniestra,
 Y un andar convulsivo que indicaba
 La inquietud de su alma corrompida, (6)
 De Lampridio en las máximas imbuida.

XII.

Así que Doroteo ve á su amigo:
 Dejando á los demas, luego le lleva
 A donde pueda hablarle sin testigo.
 “Nada alegre, le dice, te es la nueva
 “Que traigo de la corte: tu enemigo
 “De un triunfo anticipado el gozo prueba,
 “Tarde ó temprano abdicará Diocles,
 “Por Galerio escitado y por Hierocles.

III.

“Porque su inicua trama tenga efecto,
 “La ruina del cristano está dispuesta:
 “Tal fué de aquel apóstata el proyecto.
 “El censo practicado manifiesta
 “Su número crecido, y el Prefecto
 “No cesa de escribir que una funesta
 “Revolucion fermenta en el imperio,
 “Si pronto no se toma un medio serio.

XIV.

“Constantino, hasta aquí con su influencia
“Ha podido frustrar su plan infando.
“Mas ya triunfa Galerio. Tu presencia
“Desea con anhelo, confiando
“Le ayudes con tu brazo y tu prudencia,
“Marcelino tambien te está aguardando,
“De los fieles poniendo la esperanza
“En tu fama, servicios y privanza.”

XV.

Eudoro da á su vez cuenta á su amigo
De todo lo que en Grecia habia pasado;
Y este le prometió llevar consigo
Su esposa, por librarla del malvado,
Y buscarla de Elena el alto abrigo.
Un bajel en el puerto habia anclado:
La partida señala Doroteo
Al tercer dia del Panateneo.

XVI.

Para esta fatal época viniera
Demódoco con su hija tristemente,
Y en el templo Minérvico le diera
Hospedaje un Pritano su pariente.
A Eudoro el docto Pisto recibiera,
Pontífice de Atenas eminente,
Cuya ciencia despues brilló en Nicea,
La mas santa y magnífica asamblea.

XVII.

A su esposa en la víspera previno
Eudoro de la marcha el dia aciago,
Porque todo esté pronto. La hora vino.
Atravesando Eudoro el Areopágo
Donde anunció el Apóstol el Dios trino
Que el Ateniense conocia en vago, (7)
Sube á la ciudadela, al espacioso
Pórtico del templo mas suntuoso.

XVIII.

Nunca puso sus ojos en escena
Tan grandiosa. Delante se ofrecia
Con sus pompas y mármoles Atena.
El monte Himeto hácia el oriente erguia
Su cúspide radiante en luz serena;
El Icaro al poniente se abatía,
Dejando aparecer á sus espaldas
Del sacro Citeron las verdes faldas.

XIX.

Del Pentélico al norte la colina
Se abraza con el Pérmeto eminente;
Al sud el mar, Pireo, playa Egina,
Y costas de Epidauro. En su poniente
Febo con su luz fúlgida ilumina
Este horizonte claro y esplendente
Que la patria rodea á todas partes
De los dioses, los héroes y las artes.

XX.

Atenas en el centro reposaba
De este valle soberbio, presentando
Sus columnas que el tiempo respetaba.
El sol hacía las olas caminando
El templo de Minerva iluminaba
En los escudos persas reflejando,
Pareciendo animar sus luces puras
Los relieves de Fidias y esculturas.

XXI.

Añadid el bullicio que la fiesta
Por la ciudad y campo difundia:
La Canéfora (8) allí va á la floresta;
El carro hacía el estadio allá corria;
Aquí la vírgen tímida y modesta
Un coro de donce' ligia;
Allí el pueblo en tumulto se adelanta,
Y de Aristogiton el himno canta.

XXII.

Del templo en el umbral se presentára
Con su padre Cimódoce á este instante.
En su túnica blanca, beldad rara,
Los ojos garzos virginal semblante,
El Griego por Minerva la tomára
Que envuelta en esplendor y luz radiante
Al alto Olimpo remontaba el vuelo
Despues que el culto recibió en el suelo.

XXIII.

De pasmo Eudoro mismo no podía
Espresar de su alma el sentimiento,
Y con vivo dolor llegar veía
De los tristes adioses el momento.
Mas ya en el horizonte aparecía
La luna, hora en que el nauta espera el viento
Para salir del puerto, y solenciosos
A la playa caminan los esposos.

XXIV.

Las velas el navío estaba izando,
Y de la chusma se oía el clamoreo,
Con grande esfuerzo y brio el ancla alzando.
En el mar aguardaba Doroteo.
A su hija Demódoco abrazando:
“Este puerto, exclamó como á Teseo
“A su padre, á mis brazos te me arranca:
“¡Yo no veré volver tu vela blanca!”

XXV.

El par amante entonces le pidiera
Les diese su postrera bendicion:
Un pié en la mar, el otro en la ribera,
Ofreer parecian libacion.
Demódoco á sus hijos bendijera
Estrechado de pena el corazon,
Que embargando su voz hablar le impide,
Y de ellos con sollozos se despide.

XXVI.

A Cimódoce Eudoro sosteniendo
Una carta la entrega para Elena,
Y en su frente el beso último imprimiendo:
“Sé cristiana, exclamó: mi gozo llena
“Con mi amor mi ley santa recibiendo;
“Y en la torre Gregaria, en la alta almena
“Alguna vez dirige una mirada
“Al mar que me separa de mi amada.”

XXVII.

A la Homérida lleva el marinero,
Y Eudoro á su bajel es trasportado.
La flota sale al punto de Falero.
El marino, de flores coronado,
Bate el remo en grito placentero,
Invocando á Palémon venerado,
Las Nereidas y Tetis: al poniente
Toma Eudoro, y Cimódoce al oriente.

XXVIII.

La Madre de Jesus que protegía
A la jóven doncella, esto mirando,
Al ángel de la mar Gabriel envía,
Para que solo sople un viento blando.
El arcángel oyó con alegría
Su órden, y las alas desplegando,
Mas veloz que la luz del cielo hiende,
Y al fondo del océano descende.

XXIX.

En las fuentes del piélago profundo,
En el seno de la onda vorticiosa,
El Angel de los mares tremebundo
En un antro de pórvido reposa.
Cuando el alto Hacedor criara el mundo
Y el límite fijó de la agua undosa,
Consigo lo llevó, y le fué mostrando
El imperio que luego dió á su mando.

XXX.

El fué el que en el horrible cataclismo (9)
Que en océano el orbe convirtiera,
Abrió las cataratas del abismo
A la órden que el Señor le dirigiera:
El las cerró á su mando al punto mismo.
Segunda vez, al fin del mundo, espera
Que la luna y el sol no den su lumbré,
Para hacer rodar la onda en la alta cumbre.

XXXI.

Sentado en el origen de los rios,
Regla su curso, y su caudal aumenta
Cuando dejan sus márgenes bravios.
El dirige la nube y la tormenta;
Conoce los escollos y bajos;
Dos veces cada dia el mar fermenta,
Y otras tantas al año lo equilibra
Hacia el astro que luz fulgente vibra.

XXXII.

Gabriel entra en sus senos escondidos:
Naciones nuevas, nuevos continentes
Duermen en el abismo sumergidos.
¡Cuántos monstruos de razas diferentes
Jamás de los mortales conocidos!
¡Qué ráfaga de vida las simientes
Anima en las tinieblas! ¡Que de restos
De naufragios también se hallan funestos!

XXXIII.

La grandeza y poder Gabriel admira
De Dios, y se lastima del humano.
Bien pronto al Angel de las ondas mira
Sentado sobre el solio, en una mano
El cetro con que el mar calma su ira,
Y los vientos reprime soberano:
La verde cabellera de esmeralda
Le cubria los hombros y la espalda.

XXXIV.

Un saludo Gabriel le hace fraterno:
“Angel temible! el mando que confía
“A tu poder y luces el Eterno,
“Muestra bien tu elevada jerarquía.
“¡Qué mundo tan distinto! ¡Qué gobierno
“Fundó en él la eternal Sabiduría!
“Dichoso tú que sabes los misterios
“De estos vastos y lóbregos imperios.”

XXXV.

“Divino mensajero! respondiera
“El Angel de los mares: tu llegada
“Me llena de placer, sea el que quiera
“El objeto y razón de tu embajada.
“Para admirar la ciencia del que impera
“Por mi mano en esta húmeda morada,
“Preciso fuera verle en el momento
“Que puso de este imperio el fundamento.

XXXVI.

“Cuando la onda en dos partes dividida,
“Y el abismo cavó que el mar encierra,
“A todos sus consejos asistía.
“El calma el huracán, los vientos cierra,
“Del océano enfrena la osadía,
“Y al quererse lanzar sobre la tierra,
“Le hace oír esta voz omnipotente:
“No pases adelante: aquí detente!

XXXVII.

“Florestas de coral plantó en las peñas,
“Y del seno de un tímido elemento
“Ha hecho aparecer islas risueñas;
“En su fondo inspiró vital aliento;
“Vivientes de mil clases y mil señas
“Pueblan sus ondas; él cubrió al sangriento
“Leviatan (10) de una férrea loriga,
“Y en su fondo á jugar con él le obliga.